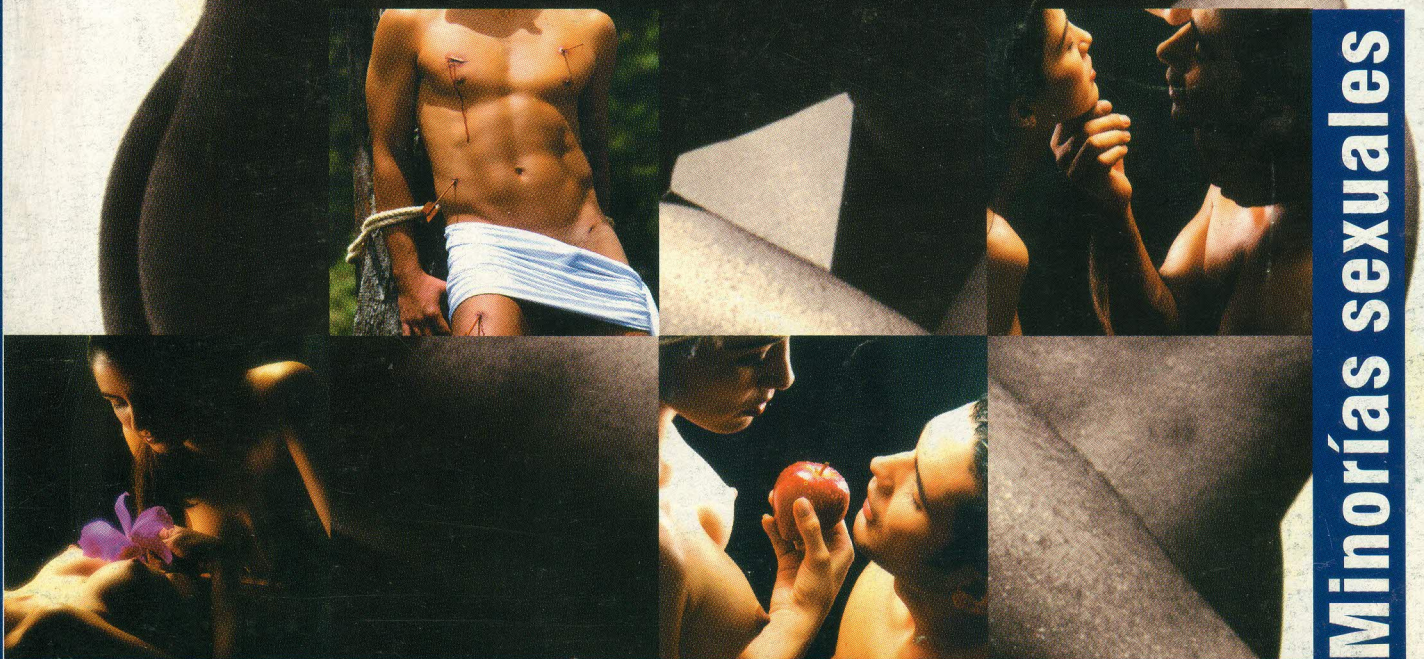


ALMA
UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA
MATER
AGENDA *Cultural*



- ▶ **La homosexualidad en la historia**
Robert J. Buchanan
- ▶ **Por el orgullo**
Alejandro Quiceno Rendón
- ▶ **El homosexualismo: una opción de vida**
Florence Thomas
- ▶ **Carta a un amigo homosexual**
Daniel Ricardo Jiménez Bejarano
- ▶ **Poemas**
Fernando Molano
- ▶ **Florentina Quintero**
Mario Hernán Valencia Alzate



editorial

Una de las palabras de moda en nuestro mundo globalizado es “tolerancia”. Vivimos –dicen los pensadores bienintencionados– en un mundo cada vez más pequeño gracias a los medios de comunicación, por lo que la convivencia resultará imposible si no aprendemos a tolerarnos los unos a los otros, sin importar nuestra raza, origen, creencias religiosas o preferencias sexuales... Y es cierto: sin tolerancia entre las partes, la existencia se hace invivible y el conflicto amenaza con estallar en cada momento. Sin embargo, la tolerancia es, cuándo más, un primer paso para la convivencia, pero en definitiva se queda corta ante sus exigencias.

El primer cuestionamiento serio que se le puede hacer a la tolerancia es que no exige considerar al otro como un igual. De hecho, la tolerancia casi siempre es vertical; se puede ser muy tolerante y, sin embargo, considerar que todos están por debajo de uno mismo. Es de allí de donde nace la tolerancia irrespetuosa, fundamentada en la lástima; la tolerancia que se da como limosna, ésa que dice: “Pobrecito, pero después de todo él no tiene la culpa”.

Por eso, la única alternativa válida para la convivencia social es el “respeto”, que es la tolerancia llevada un paso –un enorme paso– más allá. La diferencia consiste en que al respetar a alguien lo pongo a mi mismo nivel, lo juzgo como mi par. Eso es algo que han entendido muy bien las minorías que luchan por su “derecho a ser” en una sociedad donde los valores dominantes son los de la

mayoría heterosexual, católica y “blanca”. Las minorías, sin importar que sean de tipo sexual, racial o religioso, lo único que quieren es que se les respete como lo que son, que no se les pida convertirse en algo que no pueden o no quieren ser. Y entre estas minorías que luchan por el respeto, las minorías sexuales están entre las que más han avanzado en tal búsqueda.

Homosexuales, bisexuales y transexuales fueron perseguidos durante siglos, con la pretendida justificación de que su forma de vida era una amenaza para la sociedad. Aun así, muchas de las obras y hechos que han enriquecido a nuestra civilización provienen de las minorías sexuales. Ese es el caso de los escritos de Wilde, Safo, Gide y Tournier, las composiciones de Tchaikovsky y Britten, las esculturas de Michelangelo, la expansión helénica de Alejandro, la filosofía de Sócrates.

Los hitos marcados por tales individuos deberían haber garantizado, desde hace mucho, el respeto de todos los heterosexuales a las minorías sexuales. Pero lo cierto es que sólo hasta el siglo XX la civilización occidental aprendió a medir la valía de un individuo sin que importara el sexo de su compañero sexual. Y este hecho no es algo gratuito: si las minorías sexuales están hoy en camino de obtener derechos de ciudadanía plenos, se debe a que se organizaron y lucharon por lo que creían justo. Una lucha difícil, llena de dificultades, marcada por los falsos mitos y la maldición del SIDA que tan injustamente se les achacó, pero que, poco a poco, ha permitido a estas minorías un peso político y económico

considerable, con el cual pueden defender su derecho a una vida plena.

Sin embargo, la lucha por el respeto no termina con la adquisición de derechos legales. Los prejuicios serán siempre el enemigo oculto, que socava la convivencia desde el interior, como un parásito que taladra y cercena las venas de la sociedad. Todo ser humano puede ser prejuicioso: el pertenecer a determinado grupo sexual no significa estar vacunado. El homosexual que afirma que sólo se puede ser un artista si se es gay, hace una afirmación tan falsa como el heterosexual que asegura que a los gay se les debe vetar el ingreso al ejército. Homofobia y heterofobia son igualmente dañinas: ambas surgen del prejuicio y ambas conducen a la exclusión.

Por todo esto, la única forma de combatir la exclusión es por medio del respeto a la diferencia, gracias a la comprensión de que la diversidad en cualquiera de sus formas –sexual, racial o religiosa– no es un peligro, sino un enriquecimiento para toda la comunidad humana.

Junio será el “Mes de la diversidad sexual”. Aprovechando la ocasión, la **Revista Agenda Cultural Alma Máter** presenta a sus lectores algunos textos sobre minorías cuya importancia para la sociedad es cada día mayor.

Carta a un amigo homosexual

Daniel Ricardo Jiménez Bejarano*

En esta pequeña carta, el autor expone como las cosas que unen a los seres humanos son mucho más que las que los separan, y que en la diferencia yace la posibilidad de relacionarse con el otro.

**Yermo de Nuestra Señora.
Octubre. Año del Blues de Rockola.**

Esta carta no pretende consolarte, ni manifestarte "compasión", ni hacer una apología del "respeto a la diferencia": eso sólo lograría el que creyeras que te tengo lástima, o que hay algo de homofóbico en mí, no confesado. Mejor que nadie sabes que ni te comprendo, ni te respeto, al menos no como lo harían tus alumnos, y por eso soy tu amigo: la amistad, cuando es verdadera, exige la ironía y la parodia; así como la escucha crítica. Esta carta es sólo el testimonio de una amistad que se asume en el afecto, en el combate cotidiano por la lucidez, en los libros, plurales y diversos, que posibilitan el encuentro; esta carta es



garante de poema compartido, de la fe mutua en el amor, más allá del tan trillado "género", que a la larga es sólo una excusa para no reconocer el amor; es un tributo a la literatura que es, entre nosotros, "un no se qué que queda balbuceando" y ha permitido estos años de hostil complicidad.

Sabes de mis luchas tanto como yo de las tuyas: por ello, sé que sabes que estoy a tu lado, sin necesidad de apologías, ni discursos sobre la marginación; sin rituales ante los altares narcisistas de los malditos ni de los enloquecidos: la amistad es algo más simple y hermoso: reconocer que las circunstancias nada son cuando se

trata de tender la mano al amigo: los inanes detalles de cama, la insaciable incredulidad de la biología, la fatigosa jerarquización de las palabras y los mundos que exige la filosofía, la distinción radical entre seres y deseos que exige la teología, el incesante clasificar de los intereses que exige la sociología, son apenas adeshalas imprescindibles para la única palabra junto a "libertad" por la que daría mi vida: "amistad".

Ahora, cuando la tuberculosis, a la par que tus amores idos, duelen tu vida, sabes que estoy, del mismo modo en que has estado cuando algunas "aquellas" han roto mi corazón. Podría parafrasear a Pessoa y decir que todas las cartas a los amigos enfermos son ridículas y cursis, pero ridiculez y cursilería son atributos ineludibles de la confianza, y del entendimiento que sobrepasa la verbosa prepotencia de la "compasión".

Entender es ridículo porque elude la solemnidad de la comprensión entre amigos; el ridículo es conocimiento y el chiste sabiduría: por la amistad se trasciende el saber estéril de la seriedad.

Sé que permitirás que omita tu nombre porque los amigos no tienen nombre sino memoria: publico esta carta porque jamás te la enviaré. Tu entendimiento de mí sobrepasa la vana palabra. Hacer una diatriba sobre mi afecto hacia ti partiendo del hecho de que soy heterosexual sería sólo recalcar diferencias que no existen: se ama o se desea; se odia o se teme: lo demás es cultura y artificio: si la naturaleza es una construcción del hombre, la perversión es un residuo verbal de la historia: entre nosotros sólo sucede la abstracción de afectos y deseos, porque hemos superado como amigos la clasificación necrofílica de los objetos del deseo: somos afectos que acaecen en la escritura; no "preferencias",

ni "tendencias", ni "lecturas", actitudes todas ellas que obstaculizan el flujo desprejuiciado de las ideas. Cuando la jerga "postmoderna" habla de "preferencias", "lecturas" y "tendencias", habla sólo de su incapacidad polimorfa para tejer libertades.

J.H: tengo poemas publicados en cuatro idiomas y doce países, mis ensayos circulan en cinco naciones pero aún no obtengo el respeto de quienes esperan de mí saco y corbata, una esposa y un auto, y un perro de raza que lucir a los conocidos; que no pierda el tiempo leyendo o escribiendo o departiendo en las cafeterías, pero sabes también como yo que los cafés son los únicos sitios donde es posible, hoy en día, la comunidad académica, la discusión amplia y la crítica desprejuiciada. De igual manera, se asombran de tu prolijidad, y tu capacidad de pasión, por la sencilla razón de que la conversación inteligente y la escritura no son dones sino dádivas: existen porque se donan.

Aún soy juzgado por lo que uso y no por lo que digo: Sólo tú y las cosas en las que creo han estado en la tribulación. Por eso cuando digo la palabra "gay" no lo hago para hablar de los homosexuales, sino para hablar de ti, quien aún en la enfermedad has sido "alegre", como en el significado original de la palabra "gay": eres feliz en la derrota, animoso en el exilio, vigoroso en la esperanza de un mundo mejor .

No conozco muchos homosexuales, pero los que conozco son seres "alegres", es decir "gays", y yo soy feliz por ellos y entre ellos. Mi "diferencia" es identidad: aún creo en la dicha y en el amor lo mismo que tú.

Dejemos el problema de la "sexualidad" a políticos, moralistas, y reprimidos, tres idénticas calidades. Nosotros al poema. Y de mi gozo "alegre" de las mujeres que he amado, al "gay" con

el que una sociedad triste te rotula, no hay distancia sino abismo, (de profundis), y sólo en el abismo hay saber; amigo más allá de las fronteras de la muerte.

Desde las estribaciones del blues, sabiendo que compartimos idéntico exilio por ser lo que somos, esto es, hombres del libro, te tiendo mi mano hoy como siempre.

*Profesor de la Universidad de Antioquia. Abogado. Poeta, traductor y ensayista. Poemas suyos han sido traducidos al sueco, el francés y el inglés. Algunos de sus libros son: *Permanencia en la melancolía*, *Retrato con omisiones*, e *Intima Señora de la Espina*

Cuando Florentina Quintero llegó a la casa, como a las tres de la tarde, ya su tío había preguntado por ella varias veces. Por eso, no más la vio su madre, le dijo, al punto que le retiraba el pesado morral de la espalda:

-Venga para acá esos cuadernos, hija, y corra a buscar a ese hombre que está como endemoniado.



Fotografía de Antonio Betancur

-Pero, mamá: ¿Acaso no sabe usted que tengo el hambre acumulada desde muy de mañana?

-Lo que pasa, hija, es que usted anda trayendo las yucas tal como se le empacan. Cuando más, apenas mordisquea alguna de ellas.

-¿Y hasta cuándo será que nos va a durar esta pobreza, mamá?

-Tenga paciencia, hija. Dios es grande. Y bueno.

Florentina Quintero

► Por Mario Hernán Valencia Álzate

Este cuento de un integrante del Taller de Escritores de la Universidad de Antioquia, se presenta, aparte del tema de cada mes, para mostrar el trabajo de estos escritores noveles

-¿Y hasta dónde llega su grandeza? ¿Hasta la finca del vecino? ¿Porqué él sí puede comer hasta hartarse, sin importarle el hambre de los demás? ¿A quién favorece Dios, mamá? Bien se ha dicho que el que llena la barriga, se olvida del que no come. ¿Y qué tan bueno es Dios? ¿Qué tanto, mamá? ¿No ve que ni siquiera le importa nuestra desgracia?

Según iba preguntando, Florentina desdoblaba las hojas de biao que envolvían las yucas pasadas por agua-sal. “¿Es ésta la bondad de Dios, mamá? ¿Es ésta, ésta, ésta?”, y, conforme lo iba diciendo, machucaba con sus propias manos los trozos de tubérculos cocidos, convirtiéndolos en un masato pegajoso que se iba esparciendo sobre la tabla que servía de comedor.

A la madre, el horror provocado por la violenta explosión de su hija, le hacía

mantener la boca tan abierta que Florentina, desde su mediana estatura, alcanzaba a verle el paladar de pasta que daba forma y aseguraba su dentadura postiza.

Cuando la madre pudo recobrar del pasmo, apenas atinó a decirle:

-Todavía no sabe nada de la pobreza. No la conoce usted todavía, Florentina Quintero – la llamaba así, con el apellido sumado al nombre, cuando el enojo se apoderaba de ella.

-Sí que la conozco, mamá – respondió la hija-. Tiene cara de yuca. Y tiene una palidez igual a la de la yuca por dentro. Además, le produce a una desmayos muchos. Y se le acumula también a una en la mente, rebozándola. No le deja espacios a la memoria. Por eso, cuando la maestra pregunta por lo aprendido, muchas veces, ella, la pobreza, se esconde para que no la vean. Y se ríe frente a la incapacidad de una.

Florentina llevaba doce años, los mismos que tenía de nacida, conversando con el hambre. Por eso, más que conocerla bien, le pertenecía. Porque, en aquellas tierras del Nordeste Antioqueño, el hambre se había adueñado de muchos.

-No diga más esas cosas, hija. Y vaya a buscar a su tío que allá le llevo su almuerzo. Ya le dije que él está como endemoniado preguntando por usted.

-Mire, mamá: No es que él esté endemoniado, sino que es el mismo demonio. Eso es mi tío: ¡Un demonio!

Y habiéndole tirado estas palabras, Florentina dio media vuelta para salir corriendo por la puerta trasera de la casa, cuando apareció su tío bajo el dintel de la puerta, con un zurriago apretado en su mano. Su aparición fue tan sorpresiva, que no le dio tiempo a la joven de frenar la carrera que ya había iniciado. Florentina fue a estrellarse contra las pocas carnes de su tío, haciéndolo tambalear. Éste, que había alcanzado a escuchar las últimas palabras de su sobrina, la tomó por los cabellos y, levantando la mano en la que tenía el zurriago, lo descargó con todas sus fuerzas contra las piernas de la muchacha. El rejoy se enrolló en ellas cuando largo era, y su punta logró abrir la tierna piel de una de aquellas piernas, que ya empezaban a dar forma a una

menuda joven en las postrimerías de la infancia. El tío haló el zurriago y lo descargó una y otra vez, ya en la espalda, ya en los brazos y cadera de Florentina. Durante el tiempo que duró el azote, ella no lloró, cual si estuviera incólume. Sólo lo miraba hondamente con unos ojos que se le habían tornado del color del fuego y que al hombre le parecía que le quemaban los suyos. Por eso, no fue capaz de sostenerle la mirada cuando ya hubo terminado el castigo; por eso le dijo, dándole la espalda, mientras cruzaba la puerta para ir de regreso al tajo, en donde había interrumpido la faena:

-Ya le tengo separada la tarea para hoy, a ver si se le quita esa pereza. Y ojalá que no vuelva a quedarse por ahí, atolondrada, mientras aquí está todo el trabajo sin hacer – y se fue, apartando el rastrojo con el machete.

Antes de salir, Florentina miró a su madre, quien había permanecido como una piedra. No había siquiera pronunciado palabra alguna para defenderla y ahora la miraba: a ella y a la puerta, a la puerta y a ella, como indicándole que saliera, porque no podía resistir más el agobio. La mirada acusadora de su hija, la hizo turbarse aún más. Florentina dio media vuelta para partir, cuando su madre le dijo, con la dificultad propia de quien

no tiene razones para excusarse:

-No me mire así, hija. Usted sabe que si yo intervengo, él se va -hizo una pausa y continuó, ahora con menos esfuerzo-. Y si él se va, nos acabamos de morir de hambre.

-El hambre, mamá, no nos podrá castigar más de lo que hasta ahora. No vivimos, mamá. Apenas estamos sobreviviendo –y cruzó el umbral para dirigirse al monte, guiada por el sonido del machete, que en manos de su tío aporreaba la maleza.

Esa tarde trabajó hasta ver la sangre que salía de sus pequeñas manos. Estrujó la tierra con el azadón, como obligándola a que produjera lo que no se le sembraba. Al término de la tarde, cuando la luna llegó a mirar su trabajo, Florentina fue hasta la casa y, tirándose en su tarima, que era lo único que le pertenecía, se durmió sin haber comido siquiera la ración de yucas del almuerzo.

Después de la siembra, Florentina iba a minear con su tío, una tarea que solían combinar con el aporreo de la tierra. Se pasaban las horas mueva que mueva la arena en sus bateas, esperando a que aparecieran los pequeños puntos luminosos que dieran indicios de la presencia del soñado metal. Luego de muchos intentos, iba quedando en el centro de la batea algún minúsculo punto

amarillo, mientras los muchos granos de arena eran separados hacia los bordes por el diestro movimiento de las manos. El granito era depositado en una pequeña bolsa de plástico que se amarraba a la pretina del pantalón, y al final del día se hacía un inventario de lo conseguido entre los dos. Terminada la semana, se recogía lo poco que tenían para cambiarlo por unos cuantos pesos.

En un día, ya muy de tarde, cuando el movimiento de la batea se había vuelto pesado y la batea pesaba y los párpados pesaban y el cansancio le susurraba a Florentina que debía suspender la faena, ella vio un grano amarillento que bailaba en la batea según la movía. Sus ojos se llenaron de gozo, al tiempo que sintió un frío intenso que le llegaba hasta la altura de la garganta. Detuvo el movimiento y, formando una pinza con sus dedos índice y pulgar, lo tomó para examinarlo. Le parecía que era de oro. Le limpió la arena, frotándolo en su vestido, y volvió a mirarlo: se le parecía a otro que le había visto, en una sola ocasión, a un viejo minero. Sostuvo la batea debajo del brazo y lo limpió de nuevo, poniéndolo luego en la palma de su mano izquierda, mientras lo acariciaba con los dedos de la derecha. No lo dudó más: era de oro. Tiró entonces la batea y salió, corriendo convertida

en plena dicha. Era eso: la dicha con cuerpo de mujer que corría hacia su casa. Los demás la vieron corriendo y la oyeron gritando: “¡mamá, mamá: me saqué un grano de oro!”

Uno de los mineros se había quedado parado, viéndola venir. Cuando la joven pasó junto a él, la detuvo tomándola del brazo:

-Venga, muchachita -le dijo-. Muéstreme ese grano, yo le digo si en verdad es de oro.

Ella abrió la mano en la que tenía su tesoro y entonces el minero, al verlo, se adelantó a proponerle:

-Se lo cambio por el gallo colorado.

No más lo dijo, Florentina empezó a sentir que la saliva se le abundaba y, cuando la sintió mucha, se la tragó con una ansiedad tal que alcanzó a producir un raro ruido mientras bajaba por su garganta. La sonrisa se le vio en su rostro y entonces abrió mucho la boca antes de responderle:

-¡Sí. sí, sí! ¡Sí se lo cambio! Tenga el grano, que eso no se come, y tráigame el gallo.

Cuando el tío llegó a la casa, Florentina, que no cabía en sus vestiduras por la enorme dicha que estaba dentro de ella, corrió a darle la buena noticia. Pero éste, enterado ya de lo sucedido, había ido a asegurarse por él mismo de lo que consideraba la estupidez más grande nunca oída. Cuando la vio con el gallo

bajo el brazo, le gritó en la cara:

-¡Mal agradecida! ¡Maldita muerta de hambre! Pero, ¿cómo pudo hacerlo,



Fotografía de Antonio Betancur

desgraciada? ¿Cuánto hubiéramos aliviado la situación con él, Florentina Quintero? -Le sumó el apellido, como lo hacía su madre, para mostrarle más el enojo, y terminó diciéndole:- ¿Acaso no pensó en ello, zozca?

Ella, sin comprender lo que su tío le decía, soltó el gallo y salió corriendo por la puerta trasera. No corría por miedo. No. Lo hacía por dicha. Para que no se le acabara aquel

momento de felicidad. Y la dicha se le agrandó y la alegría le duró para muchas horas, hasta las horas del otro día, con el almuerzo que tuvo, como no recordaba haberlo tenido nunca antes. Y le duró hasta después, hasta las horas de la noche, cuando decidió irse a gozar de las fiestas veredales, que estaban en todo su furor.

Su tío estuvo rabiando en todas esas horas, y en la noche se despertó con rabia, y en todo el otro día también lo estuvo. Por eso, cuando llegada la noche se enteró de que Florentina se hallaba bailando en la casa comunal, recogió las pocas ropas que ella tenía y las embutió en una bolsa, que dejó en el piso, al lado de la puerta. Después de esto, fue hasta donde ella estaba y la sacó a estrujones. La tomó por el vestido, a la altura de la espalda, y la llevó casi levantada hasta la casa. No más llegaron, la entró con un empujón y empezó a descargar toda su rabia contra ella. La sangre de él le bullía por las venas, que se le salían, ensanchadas, en el cuello.

-Se va de aquí –le dijo-. Se va de aquí, maldita mujerzuela.

La cogió entonces del cabello y la tiró hacia atrás, haciéndola trastabillar hasta caerse al piso. La pateó en las posaderas, se agachó luego y la tomó por las axilas, levantándola y poniéndola contra la pared. Le gritó en la

cara, al tiempo que le tiraba saliva por todo el rostro:

-Se va de mi casa y no vuelva a aparecerse por aquí jamás, maldita prostituta. Va a sentir lo que es el enojo y el castigo de Dios.

Cuando Florentina logró zafarse de él, reculó hasta la puerta y desde allí le gritó:

-El castigo de Dios, si es que existe, lo va a tener usted. ¿De qué le sirve mantener una Biblia bajo el brazo cuando se la pasa maltratándonos a cada nada? ¿Sabe una cosa, tío? Esa Biblia le prestaría un mejor servicio, si la utilizara para limpiarse el culo.

Al oír esto, el hombre se lanzó enfurecido contra ella. Florentina se paró firme y se dispuso a cerrar la puerta tras de sí.

-¡Ya le he dicho que se vaya de mi casa, putica!. Si es capaz de irse a bailar con cualquiera, ¿qué no hará esta prostituta? ¡Se la va a llevar el diablo, Florentina Quintero!

Florentina, con la mirada clara de quien no ha dejado resbalar una sola lágrima, miró a su madre. Había permanecido en un rincón de la sala, cubriéndose el rostro y enjugando las lágrimas con sus manos. Le tiró la misma mirada de antes. Esa mirada acusadora que la hacía estremecerse. Luego, le dijo al él:

-El diablo se lo va a llevar a usted, tío –y, tomando fuerzas, le gritó-: ¡Y ojalá que

se queme en los malditos infiernos!

Salió, dando un portazo. El tío cogió la bolsa con las ropas de ella, abrió la puerta y se las tiró en la cara, diciéndole:

-Adiós, Florentina Quintero. Y olvídese de que alguna vez me tuvo como su tío.

-Adiós, viejo desgraciado -le dijo ella-. Y olvídese de que un día volverá a tenerme como su esclava –Y dicho esto, huyó sintiéndose como un pájaro que acaba de recobrar su libertad.

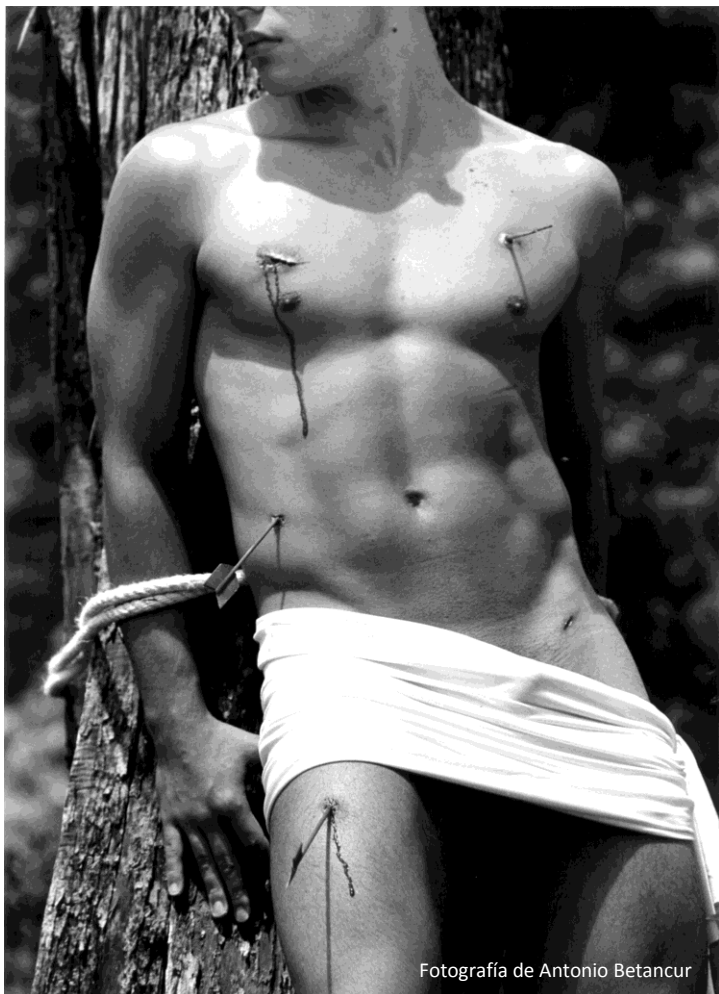
La homosexualidad en la historia

Por Robert J. Buchanan*

Un texto que nos revela la continua presencia de la homosexualidad en la historia y las reacciones que las distintas sociedades han tenido frente a ella.

Nadie sabe exactamente cómo la homosexualidad entró en la historia humana. Imagino que las prácticas relacionadas con la atracción erótica entre personas del mismo género han estado presentes desde el amanecer de la humanidad. Los registros más tempranos de conducta homosexual parecen encontrarse en las prácticas religiosas paganas de la antigüedad, pues algunos paganos incluían prácticas homosexuales en el culto a determinados dioses. Si el uso de éstas en el culto se debía a que la homosexualidad era algo habitual en sus sociedades, o si fue el culto el que introdujo las prácticas homosexuales en la sociedad, es algo imposible de determinar, aunque algunas interpretaciones de las escrituras de Pablo defienden esta última versión.

Los seres humanos comenzaron a adorar a muchos dioses muy temprano en la historia humana. Estos dioses tempranos frecuentemente se asociaban con la fertilidad, la agricultura y la guerra. Una de las diosas de los asirios –que se expandirían después por el área conocida como Canaan– era la diosa Asherah, que era adorada como la diosa de la fertilidad. A menudo el culto



Fotografía de Antonio Betancur

de esta diosa incluía orgías y prácticas sexuales. Asherah era adorada en forma de un árbol con muchos pechos femeninos tallados en el tronco, y estos árboles constituían el centro de un bosque donde el culto se llevaba a cabo. Se podía invocar o aplacar a la diosa para adquirir fertilidad para sí mismo, la tribu o el clan.

Cuando el politeísmo —el culto a muchos dioses— dominaba la Tierra, los dioses podían ser tanto varones como hembras. No se consideraba que estos dioses eran infalibles o todopoderosos como en el concepto cristiano de Dios. A menudo eran muy parecidos a las personas, con deseos individuales y capaces de equivocarse. Se creía que los dioses tenían sexo entre sí y que procreaban. Quienes practicaban estas religiones con frecuencia sentían que la ira de los dioses tenía que ser aplacada para que la tribu sobreviviera. Tener sexo con un dios —como parte del culto, o para que las cosechas, los animales o los humanos fueran fértiles— era una extensión lógica del concepto de politeísmo. Puesto que el sexo se requería para la fertilidad humana, tener sexo con un dios era algo crucial y benéfico.

Culto fálico

Tammuz era la deidad de los fenicios asociada con el

Adonis de los griegos. Era el marido de Ishtar, conocida también como Asherah por los Semitas y Afrodita por los griegos. Los seguidores del culto creían que Tammuz era un hermoso pastor asesinado por una bestia salvaje. El anhelo de su esposa por recuperarlo, la llevó a entrar en el Averno para rescatarlo de la muerte. Su culto se identifica con columnas, similares a los Tótem de los americanos nativos, que servían como símbolos fálicos o réplicas del pene. Este culto se hizo sumamente sexual en sus prácticas. Tammuz volvía del Averno todas las primaveras y regresaba allá en el invierno, por lo que las orgías primaverales eran asociadas con la siembra que provocaría una cosecha dadivosa. En por lo menos una cultura su culto incluía actividades homosexuales. En nuestros días, el nombre de Adonis se asocia con la literatura erótica de la comunidad homosexual. Su cuerpo, supuestamente perfecto, se promueve a veces como un ideal que puede tomar dimensiones divinas.

El dios griego Dionisio era adorado y seguido por hombres conocidos como Sátiros, que siempre son representados con un pene erecto. Un dios del oriente, Shiva, de la India, se adora con un *linga* largo, o vara fálica. Se dice que Shiva entró



Fotografía de Antonio Betancur

en los bosques para mirar a los hombres mientras jugaban, por lo que ellos lo cogieron y cortaron su pene. Una vez que comprendieron que era un dios, para refrenar la ira de Shiva reemplazaron su pene con uno artificial.

Un dios babilónico se llamaba Baal. El nombre literalmente significa "poseedor", pero vino a ser traducido como "señor" en referencia al dueño de un pedazo particular de tierra. Baal tomó muchas formas a lo largo de los años. Originalmente era adorado como el dios del sol. Se creía, por consiguiente, que era tanto benévolo —cuando hacía a las cosechas crecer— como cruel —cuando secaba la tierra con su calor. Debido al obvio poder e influencia de este dios, aquellos que creían en él tenían que aplacar su enojo continuamente, y, para poder mantener sus vidas, pasaban la existencia en un equilibrio



Fotografía de Antonio Betancur

delicado entre temor y admiración. Los varios dioses asociados a Baal tenían su lugar al lado del Asherah, su colega hembra. A menudo, el culto de Baal incluía una pértiga, o símbolo fálico, en los rituales.

Cuando los antiguos babilonios ganaron influencia —quizás tan tempranamente como en el año 8000 a.C.— extendieron su religión. Las ciudades babilónicas incluían torres, o Ziggurats, que servían para muchos propósitos prácticos y religiosos. Estas torres eran estratégicas en la defensa de la ciudad. También servían como puntos de observación de las estrellas para su estudio científico o por su importancia religiosa. Un propósito adicional de estas torres era servir como altares.

La torre de Babilonia supuestamente tenía estatuas de oro de los dioses y un banco dorado en la cima para el culto sexual.

Los Ziggurat parecen haber sido abundantes en los días de influencia de la Babilonia antigua. Servían además como símbolos fálicos. Los rituales antiguos en tales torres incluían la masturbación, para permitir al hombre derramar su semen en la tierra. Como la semilla es sembrada en la tierra, se veía a la tierra como hembra, y, por consiguiente, se invocaban dioses masculinos para fecundarla.

Uno de los Ziggurats más famosos, y el mejor hallazgo arqueológico de esta clase, está en Ur de los antiguos Caldeos, casa del patriarca Abraham. El padre de Abraham había sido un fabricante de ídolos en ese pueblo prominente. Fue Abraham quien se separó de los politeístas e inició el monoteísmo —el culto a un solo Dios. Abraham es venerado como el padre de la fe por los judíos, el Islam y la Cristiandad. Abraham era un monoteísta devoto y sus descendientes lucharon con el politeísmo por muchas generaciones.

Las torres, pértigas y varas se incluían en muchas formas de práctica religiosa y se asocian con el pene para deificar la masculinidad. Torres

similares a las de los templos babilónicos se encontraban también en el antiguo Egipto, y las pirámides ciertamente tienen una importancia religiosa. La cultura maya en América del Norte es desconocida en su mayor parte, pero su cultura incluía tales torres. En el panteísmo y el animismo, como era el caso de las culturas de los antiguos nativos americanos, se adoraban columnas de tótem obviamente fálicas, como parte del culto a la Naturaleza—dios.

Resulta interesante observar que las torres fálicas han sobrevivido hasta nuestros días. Las distintas órdenes masónicas erigen torres como monumentos. *May Day* es una fiesta en las islas británicas donde un poste fálico se decora con serpentinas y se colorea, para realizar un baile festivo alrededor; este rito de primavera se conecta directamente con prácticas de fertilidad antiguas que buscan la bendición del dios sobre las cosechas. Como los obeliscos egipcios pertenecen a la misma categoría, hay una torre fálica en la Plaza del Vaticano en Roma. El significado puede haber cambiado con los años, pero estos símbolos de culto al varón todavía existen.

Más hombría para el dios– macho

Probablemente las prácticas adicionales homosexuales se volvieron parte del culto politeísta como sucesoras de la masturbación. La evidencia sugiere que, para facilitar la masturbación, los sacerdotes paganos estimulaban oralmente a los fieles en los cultos antiguos del Oriente Medio. Si uno creía que al tener sexo con un dios se atraía la fertilidad, era fácil también creer que, si un hombre aportaba su propia masculinidad a un dios varón –a través de su semen–, la fertilidad se multiplicaría aún más; a esto habría que acotar que los dioses masculinos eran quienes plantaban las semillas y, por lo tanto, algunas personas los veían como más productivos que las diosas. Cuando un hombre penetraba a otro hombre en el altar, al verter su semen agregaba más poder masculino a los dioses. Así, con la fuerza adicional generada por la semilla de muchos hombres, el dios podría asegurar una cosecha dadivosa, una manada mayor y muchos niños para cuidar el campo.

Esta práctica no sólo formaba parte del culto pagano, sino que también era un medio de ganar dinero para el templo. Los catamitas –muchachos y hombres que eran usados exclusivamente para el sexo

anal pasivo– empezaron a servir en los templos. Uno debe preguntarse si a veces estos muchachos eran forzados a este tipo de contacto sexual por las circunstancias económicas, igual que sus colegas femeninas. Las mujeres a menudo sólo podían sobrevivir gracias a la prostitución, dado que no se les permitía tener ninguna herencia; los muchachos huérfanos pueden haberse encontrado en la misma encrucijada. En todo caso, desde una fecha muy temprana en la historia humana, se usó la prostitución masculina y femenina tanto para coleccionar fondos para el culto, como para garantizar la subsistencia individual.

Homosexualidad en la Grecia antigua

A menudo, a la cultura griega se le promueve como la cultura que más ha aceptado la homosexualidad. Hasta cierto punto esto puede ser cierto. Los griegos desarrollaron una actitud hedonística hacia el cuerpo humano y la sexualidad. Aunque nosotros podemos pensar hoy que el hedonismo es lujurioso, los filósofos griegos escribieron del hedonismo en términos mucho más entusiastas. Ellos creían que el cuerpo humano desnudo, tanto el de los



Fotografía de Antonio Betancur

varones como el de las hembras, era algo digno de respeto y admiración. Se enorgullecían de la forma física. La desnudez pública era no sólo tolerada, sino a menudo fomentada.

El arte y la estatuaria de los griegos antiguos reflejan este amor por el cuerpo, particularmente por el cuerpo masculino. Un rasgo negativo de esta actitud es que aquellos niños que estaban impedidos o eran poco atractivos, a menudo eran abandonados para que murieran y se ofrecían en sacrificio a un dios¹. No era raro que los hombres hicieran un comentario sobre el atractivo de otros hombres, o que expresaran afecto entre ellos. Al menos parte de la razón de esta fascinación con el atractivo físico y el sexo es

¹ Como ejemplo está el mito de Hefestos, dios del fuego y la forja, y primogénito de la diosa Hera, esposa de Zeus. Justo después del nacimiento fue arrojado del monte Olimpo por su madre y cayó en el mar, lo que le ocasionó una cojera permanente. La razón del rechazo materno simplemente fue que Hefestos era muy feo y su madre temió que los demás dioses se burlaran de ella... Habría que agregar que Hefestos terminó casado con Afrodita, diosa del amor, aunque el matrimonio distó mucho de ser dichoso. (Nota del editor)

que los griegos desarrollaron una sociedad que les permitía mucho tiempo libre, donde no se les exigía que trabajaran constantemente para sobrevivir. Blumenfeld y Raymond escribieron: *Igualmente, la actitud griega hacia el sexo era, en su mayor parte, neutral. ... Y, aunque probablemente se desanimaba la homosexualidad exclusiva como amenaza a la familia, era ampliamente tolerada en el caso de hombres mayores que ya habían tenido niños y en los jóvenes antes del matrimonio.* (Blumenfeld y Raymond 1988, 155)

La milicia griega creía que la homosexualidad creaba un sentido de camaradería. Con frecuencia se creía que una persona lucharía más duramente para proteger a su unidad, si dentro de esa unidad tenía un amante o amantes. A esta forma única de crear lazos masculinos atribuyen algunos la grandeza del poderío militar griego². A pesar de tal estímulo a las prácticas homosexuales, la realidad era diferente en el caso de aquellos que únicamente cumplían una función pasiva en el sexo anal. Se creía que estaban contaminados y que se hacían parecidos a las mujeres. Por consiguiente, se les expulsaba

del servicio como indignos de confianza.

Ser exclusivamente homosexual representaba un problema mayor. Aunque los griegos reconocían la pasión y la atracción erótica por ambos sexos, no eran tolerantes con aquellos que no sentían ninguna pasión por las mujeres. Esto podía muy bien deberse al reconocimiento de que los miembros de la sociedad deben reproducirse para que la sociedad sobreviva, y la unión de un hombre y una mujer es requisito para dicha reproducción. *Después de la edad de diecinueve años se esperaba que un joven se casara y estableciera una familia. Aquellos que no lo hacían, o continuaban comprometidos exclusivamente en relaciones homosexuales, estaban sujetos al ridículo, o algo peor. Además, si los hombres se limitaban a cumplir un papel sexual pasivo se les criticaba y, a veces, se les trataba severamente. ... La violación de un muchacho libre (ninguna sanción similar existía en el caso de la violación de un esclavo) se castigaba duramente y la prostitución masculina (de nuevo, en el caso de los ciudadanos) se condenaba con severidad".* (Ibid. 157–158)

La sociedad griega consideraba a la actividad

homosexual como algo negativo únicamente cuando era exclusiva o se relacionaba con la prostitución de un ciudadano. En casi todos los otros casos, la conducta homosexual era considerada una práctica aceptable. Simplemente era una manera de disfrutar la belleza y maravilla de los cuerpos masculinos que reverenciaban tanto.

La actitud hacia la familia y la educación también pudo jugar un papel en la actitud hacia la homosexualidad. La familia era considerada la base de la reproducción. A las mujeres se les restringía su actividad sexual porque era necesario que parieran niños. En cambio, los hombres podían tener sexo libremente con mujeres u hombres, siempre y cuando cumplieran su obligación social de reproducirse³.

Además, no se veía a los padres como el agente primario de socialización y, con frecuencia, se consideraba que las madres sólo eran útiles para alimentar y cuidar a los niños. El Estado jugaba el rol más importante respecto de la crianza infantil. La

² Al respecto, valdría recordar la historia de Aquiles y Patroclo en *La Iliada* de Homero (Nota del editor)

³ Estrictamente hablando, entonces, la sociedad griega no era tolerante con la homosexualidad, sino con la bisexualidad, como lo prueban algunos ejemplos ilustres, entre ellos Sócrates y Alejandro Magno. Esta aclaración es importante porque significa, en esencia, que hasta nuestros días la civilización occidental no ha tenido una sola sociedad que sea plenamente tolerante con la homosexualidad (Nota del editor)

educación era responsabilidad de los maestros y filósofos. Se excluía a las muchachas del sistema de educación, que estaba diseñado para enseñarles a los muchachos cómo ser hombres. Se esperaba que el estudiante respetara y admirara a su maestro, y que el maestro ganara la devoción y el afecto de su estudiante. Por consiguiente, la relación homosexual entre un maestro y un estudiante era considerada una valiosa parte del proceso educativo. La familia simplemente se necesitaba para la procreación.

La homosexualidad en la antigua Roma

Otra gran civilización fue la romana. Este imperio fue influenciado fuertemente por los griegos. Los dioses romanos son prácticamente iguales a los griegos excepto en que sus nombres son latinos. La influencia helenística incluía las actitudes hacia la sexualidad. Se dice que catorce de los quince primeros emperadores eran homosexuales. Durante la República, Cicerón declaró sin que nadie lo contradijera que no hay nada ilegal en el caso de un hombre que lleva a otro al campo con la intención de disfrutar de sus placeres eróticos. Un ciudadano podía tener sexo fácilmente con su

esposa en casa, con un hombre en los baños, con una prostituta en el burdel, con un esclavo en una esquina oscura, y sólo ser criticado si no era capaz de mantener cada cosa en su lugar.

Para los romanos, la evaluación moral de la sexualidad en general, y de la homosexualidad en particular, giraba alrededor de la idea de control. Uno podía disfrutar cualquier tipo de sexo siempre y cuando no se permitiera ser controlado por su compañero. Si una esposa hacía demandas a cambio del sexo, era deshonesto para un varón romano ceder ante sus deseos. Igualmente, si un hombre tenía sexo con otro hombre, no podía concederle a ese hombre privilegios a cambio.

Un importante punto de diferencia entre los griegos y los romanos estaba en su actitud hacia la educación. Mientras que los griegos eliminaban la responsabilidad del padre en la educación del niño, los romanos consideraban que la educación era una responsabilidad primaria de los padres. Al maestro se le veía como una extensión de la responsabilidad paternal de educar al niño, como un delegado del padre. Por consiguiente, a los maestros se les prohibió tener relaciones sexuales con los estudiantes, ya que los padres

no debían tener sexo con sus propios hijos.

En el siglo VI d.C. el Imperio Romano proscribió la homosexualidad. Esto se debió en parte a la influencia de otras culturas en la Ciudad del Capitolio, pero principalmente debido a la expansión e influencia de la Cristiandad. El Cristianismo se volvió la religión de moda, y frecuentemente comprometió principios bíblicos en nombre de la conveniencia. Aquellas religiones que animaban la prostitución masculina y femenina también fueron prohibidas en el imperio.

Aunque la influencia cristiana provocó este cambio en los códigos legales, no todos en la iglesia temprana se adherían a las mismas actitudes. Según Boswell: *A pesar de su retórica violenta contra la práctica homosexual, el propio San Juan Crisóstomo consideraba la atracción homosexual como algo común y constantemente yuxtaponía los deseos homosexuales y heterosexuales como dos caras de la misma moneda. Quejándose, por ejemplo, de las motivaciones pecadoras para entrar en el templo del Señor, menciona en términos de igual peligro el deseo de un hombre de ver la belleza de las mujeres o de admirar a los hombres jóvenes que frecuentan los santuarios.* (Boswell 1980, 160)

Los motivos para condenar la homosexualidad generalmente se mezclaban con la condena de cualquier tipo de erotismo. Según esta teología sexual la única razón válida para el sexo estaba en la procreación. La sensualidad y el deseo sexual, en cualquiera de sus manifestaciones, se veían como un maligno "deseo de la carne."

La dualidad de la humanidad –la doctrina de que los seres humanos consisten en dos partes, una física y una espiritual– llevó a muchos teólogos a oponerse contra cualquier tipo de sexualidad, y puso los cimientos para un supuesto sacerdocio célibe en la Iglesia Católica Romana. La visión bíblica de la dualidad humana no condena al cuerpo como algo malo en sí mismo, sino como algo que puede usarse para el mal o para el bien. Aun así, la idea antes mencionada prevaleció.

Así, Europa Occidental gradualmente cambió su actitud hacia la homosexualidad. La Iglesia Católica ganó influencia y se opuso oficialmente a la homosexualidad. Sin embargo, ciertamente esto no fue siempre practicado. *Carlomagno, quien se consideraba personalmente responsable por la creación de una Europa cristiana, al parecer se conmovió al enterarse de que algunos de los monjes de su reino eran*

"sodomitas"... Él suplicó a los monjes "esforzarse para alejarse de tales males" ... pero ninguna legislación civil contra la homosexualidad fue promulgada. (Ibíd. 177)

La homosexualidad después de Roma

La decadencia del Imperio Romano coincide con una era de actitudes cambiantes hacia la homosexualidad. Aunque algunos piensan que el auge de la homosexualidad fue una de las razones por las cuales se derrumbó el Imperio, hay poca evidencia –si es que hay alguna– para apoyar este punto de vista. Sin embargo, una de las razones posibles para el declive creciente de la influencia latina y el levantamiento de los germanos y otros pueblos europeos fue el hecho de que los latinos no continuaron teniendo niños en una tasa creciente; desde este razonamiento, las restricciones respecto a la homosexualidad que tenía Grecia podrían haber ayudado a preservar la influencia latina. Las actitudes anti-homosexuales hacia el fin del imperio y la llegada de la edad media parecen haber cambiado cuando surgieron distintos estados del antiguo imperio. Mientras que la cristiandad romana sostenía oficialmente que las prácticas homosexuales eran pecadoras,

poco fue hecho para dar fuerza a este código, inclusive entre los sacerdotes y monjes. Alguna evidencia sugiere que se colocaron monjes en posiciones logísticas donde el contacto homosexual habría sido difícil, si no imposible, de controlar.

La tolerancia de la homosexualidad pareció aumentar hasta aproximadamente el siglo XIII. Entonces hubo un momento en que desde el monarca hasta el plebeyo pudieron ser abiertamente homosexuales. Una relación en particular juntó al rey de Inglaterra y el de Francia en la misma cama, profesándose amor mutuo. Durante ese tiempo hubo una subcultura homosexual activa, que influyó muchas áreas de la vida social, incluyendo las artes y la iglesia.

El periodo de tolerancia había comenzado por el deseo de reunir a muchas subculturas, pero entonces llegó la Inquisición, que condenó a muerte a muchas personas, por ser sospechosas de practicar actos de sodomía o ser homosexuales. En ese tiempo, la sodomía llegó a ser identificada con casi cualquier tipo de conducta sexual distinta a la norma, anticonvencional.

El surgimiento del intelectualismo y la Reforma protestante hicieron poco para

cambiar las actitudes hacia la homosexualidad. De hecho, la Reforma trajo condenas más duras contra aquellos comprometidos en actos homosexuales. Francia castigaba la conducta homosexual con pérdida de los testículos en la primera ofensa, pérdida del pene en la segunda ofensa, y muerte en la hoguera en caso de una tercera ofensa. Henry VIII proscribió la homosexualidad en Inglaterra en 1533 con penas que iban desde la pérdida de propiedades hasta la muerte. La policía vigilaba estrechamente las *Molly Houses*, o burdeles de prostitución masculina, y aquellos que las visitaban eran condenados a muerte. Esta práctica continuó hasta el siglo XVIII temprano.

En el caso del territorio que hoy conocemos como Estados Unidos, el registro más antiguo de una condena a muerte por actos homosexuales se ubica en Saint Augustine, Florida, en 1566, cuando un hombre fue ejecutado por el ejército. Los Estados Unidos mantuvieron la pena de muerte para los "sodomitas" convictos hasta aproximadamente 1779, cuando Thomas Jefferson propuso que el estado de Virginia remplazara la pena de muerte por tal crimen y la remplazara con la castración. Algunos estados norteamericanos han revisado

el castigo por actos de sodomía durante los años, y se han pasado leyes que protegen a aquellos que realizan prácticas homosexuales. Por su parte, la Revolución Francesa trajo el fin de las leyes que penalizaban actos sexuales en 1810, bajo el Código Napoleónico, e Inglaterra abolió la pena de muerte por conductas homosexuales en 1861.

La historia homosexual es una historia de abuso, prejuicio, dolor y muerte.

La homosexualidad en flujo

Hay una tremenda dicotomía en la cultura moderna respecto de la homosexualidad. Por una parte, la mayoría de los políticos liberales apoyan las leyes que brindan soporte a la comunidad gay, si no en la práctica, al menos en teoría. Hay una aceptación creciente de la homosexualidad y hay un gran giro en la educación que muestra la homosexualidad como un estilo de vida válido. Aunque, por su parte, la mayoría de los activistas homosexuales niegan que la homosexualidad sea una alternativa, pues creen que la preferencia sexual no es algo que se elige.

Como contestación al aumento de la aceptación oficial, y debido a la histeria por el SIDA, hay un número

creciente de crímenes de odio contra los homosexuales. Ni el gobierno, ni la iglesia autorizan oficialmente el abuso físico, pero existen individuos y grupos que han tomado en sus propias manos la persecución de los homosexuales. Se ve a menudo como hombres son golpeados por la percepción de que son gay. Esta crueldad incluye la tortura y la muerte.

Los cristianos creyentes en la Biblia han respondido al claro crecimiento de la aceptación de la homosexualidad de varias maneras. La creencia de que la homosexualidad es pecado parece dominar dentro de la comunidad eclesiástica. Los cristianos evangélicos pueden ver en la aceptación social de la homosexualidad una amenaza a sus creencias. El permitir a los homosexuales trabajar en posiciones de influencia, la propagación del SIDA y otras enfermedades, la legislación que asegura a los homosexuales iguales derechos, son asuntos que provocan la exaltación de los ánimos, la retórica y las acciones políticas de base. David A. Noebel escribió en su libro *La revolución homosexual: Ciertamente, el tiempo ha llegado para hacer retroceder semejante marea impía por el bien de la decencia, la moralidad, nuestros hijos y la nación, y lo que es más importante aún,*

porque el Señor nos dijo que teníamos que amar el bien pero odiar el mal. Dante dijo algo así: Los puntos más calientes del infierno están reservados para aquellos que en tiempo de crisis moral no hacen nada. (Noebel 1977, 47)

Como se ve, el miedo y el prejuicio existen en cada punto del tema homosexual. No existe duda de que muchos han sido maltratados y perseguidos por sus prácticas homosexuales. También es verdad que no todos los creyentes cristianos son intolerantes y homofóbicos. Disentir no es equivalente de perseguir. Llamar a una conducta "pecadora" no es ciertamente igual que condenar a muerte a alguien. Sin duda, necesitamos con urgencia abrir las puertas al diálogo, la comunicación y el entendimiento entre aquellos que son homosexuales y aquellos que interpretan la Biblia de un modo tal que condena las prácticas homosexuales.

*Desde 1977 el reverendo Buchanan ha servido como pastor en varias iglesias protestantes. Cuando hizo pública su homosexualidad fue presionado para retirarse de su ministerio, pero el Obispo de la Iglesia Evangélica Anglicana Norteamericana lo comisionó como párroco misionero de la comunidad gay, lesbiana, bisexual y transexual en Grace Community (Durham, North Carolina, EE.UU.).

Traducido del inglés por Andrés García Londoño

Tomado de: <http://members.aol.com/graceeca/chapter2.html>



Poemas

▶ Por Fernando Molano

Él se sienta al lado de mi pupitre

Lo miras
tan cerca de su hermosura
que es tanta
tan desmedida
que casi te atreves
a nombrársela en la cara

Pero

una vez más te dices
¡Espera al menos
a que termine la clase!

Aunque

livianos de ojos
en la pelusa de su mejilla
piensas de nuevo:

¿Y si al fin
poniendo mis pies sobre la tierra
-Justo al lado de mi bastón
yo le declarase mi amor
y él

por ventura
me concediese el suyo
no tuviera ya la fuerza
para dar
al menos
un brinco de alegría...?

Y aún así

pillados tus ojos
cuando su frente vuelve
una vez más le dices:

¿Me prestas tu esfero rojo?

Esta hora de los moteles

Sigue por su cintura
mi pierna
y esta para mi mano
su espalda
-arrámba mirón el techo
para mi corazón
su silencio
suenan

como alarmas terribles
en su dulce ensueño
los cuatro golpes firmes
tras la puerta
-¿¡Lemos ya gastado nuestro rato?

Si sobre el piso
al pie de esta cama sucia
todavía nuestro deseo
permanece tibio
entre su pantaloncillo
y el mío

Tomado de: Fernando Molano, *todas mis cosas en tus bolsillos*, Editorial Universidad de Antioquia, Medellín, 1997

Bogotano. Es autor de la novela *Un beso de Dick*, publicada por la Cámara de Comercio de Medellín en 1992. En 1995 Colcultura le otorgó una beca para escribir una segunda novela *Vista desde una acera*. También escribió algunos cuentos y el libro de poemas *Todas mis cosas en tus bolsillos*. Murió enfermo de SID, en 1996.

En el primero de estos dos artículos el autor hace una breve historia del movimiento gay y las razones por las cuales surgió. En el segundo recalca la importancia de asumir la propia identidad sexual



Fotografía de Antonio Betancur

Por el Orgullo

Por Alejandro Quiceno Rendón*

El Movimiento Homosexual

*“A pesar de todo, libertad, a pesar de todo,
tu bandera, desgarrada pero izada,
ondea desafiante contra el viento con el
retumbar del trueno”*

Lord Byron

Los movimientos sociales suelen surgir como respuesta a la represión ejercida por un sector importante de la sociedad contra todo aquello que es ajeno y extraño. En el caso de la homosexualidad, las sociedades occidentales judeocristianas principalmente –pero no sólo ellas– la han perseguido y señalado por buscar placer en un acto que sólo estaba permitido para la reproducción de la especie, calificándola de práctica

antinatural. Si bien en la Grecia Antigua, con su culto por lo estético, las relaciones afectivas entre hombres mayores y mancebos hacían parte de la cultura y no eran en modo alguno censuradas, al extenderse el sistema de creencias judías y cristianas, con su sentido asceta, se inicia la violenta persecución contra la homosexualidad o *sodomía*¹, persecución que se extiende durante toda la Edad Media, el Renacimiento, la Ilustración y la Modernidad, y que se manifiesta en la promulgación de leyes condenatorias con penas máximas, como destierro, embargo de bienes, tortura física y mental, encarcelamiento y pena de muerte, a lo largo de toda Europa y posteriormente en sus colonias. Es válido anotar que en sociedades diferentes, como las orientales,

¹ Término acuñado a raíz del relato bíblico de Sodoma y Gomorra. (Nota del autor)

especialmente las musulmanas, la homosexualidad también suele ser mal vista. Únicamente en algunas pequeñas culturas aisladas la homosexualidad es una forma de comportamiento común.

Sólo hasta finales del siglo XIX surgió en Alemania un movimiento científico humanista que abogó por el reconocimiento y aceptación de los homosexuales en la sociedad, y luchó por la abolición de las leyes que penalizaban esta práctica. Su primer objetivo fue la proscripción del Parágrafo 175 del Código Penal del Reich Alemán, promulgado en 1871 para condenar los actos sexuales entre hombres. El Dr. Benkert, uno de los promotores del movimiento, fue quien acuñó el término de *homosexualidad* para reemplazar el de *sodomía*. Un hecho importante y digno de mención se dio en la Francia Republicana, en la que la homosexualidad fue igualada legalmente con la heterosexualidad, dentro del Código Napoleónico de 1810.

Con Alemania como epicentro del movimiento en pro de los derechos de los homosexuales, se crean entes como la Fundación de la Comunidad de los Especiales o el Comité Científico y Humanitario que llegó a poseer una amplia sede en Berlín, conocido como el

Instituto de la Ciencia Sexual, con una de las mejores bibliotecas del mundo en materia de sexualidad. Precisamente esta ciudad fue la que albergó una de las comunidades homosexuales más integradas y reconocidas, contando con bares, teatros y otros sitios de encuentro para la comunidad homosexual. Este movimiento no tuvo mayor eco ni en Inglaterra, ni en Estados Unidos, ni en el resto de América, regiones

Adolf Hitler se hizo con todo el poder sobre la nación como nuevo Canciller. Ya que parte de sus políticas giraban en torno a la purificación de la "raza" aria, se señaló la homosexualidad como una peligrosa actividad que atentaba contra la expansión del imperio germano y que era característica de seres enfermos y depravados mentales, razones por las cuales fue perseguida y exterminada dentro del



Fotografía de Antonio Betancur

demasiado moralistas y puritanas para la época. Por el contrario, se lograron movimientos alternos, aunque tímidamente, en el resto de Europa Occidental.

Pero la tormenta se cernía sobre el movimiento. En 1933, el Partido Nacional Socialista Alemán obtuvo la mayor parte de los escaños del Parlamento, y el 30 de enero de ese mismo año,

territorio alemán y los países ocupados. El floreciente movimiento homosexual alemán fue aplastado, se ocupó la sede del Instituto, en la noche del 6 de mayo de 1933 se quemaron todos los libros de la biblioteca y en esos terribles meses se cerraron todos los bares y sitios para homosexuales de la ciudad. De acuerdo con los registros nazis, se calcula que

durante los años de la Guerra, unos 50.000 hombres fueron enviados a los campos de concentración nazi por violaciones al Parágrafo 175 del Código Penal del Reich Alemán, donde debían vestir uniformes marcados con un triángulo rosa; muchos murieron víctimas de los malos tratos, el hambre y las enfermedades. Las mujeres no fueron objeto de igual persecución, aunque varias lesbianas fueron arrestadas por motivos políticos. Al finalizar la guerra se ignoró la persecución a los homosexuales, en parte por la tremenda magnitud del exterminio judío, y tomó muchos años el reconocimiento del movimiento. Sólo hasta 1969 fue abolido definitivamente el Parágrafo 175, y apenas ahora el Banco Suizo y los programas de compensación alemanes, administrados por la OIM (Organización Internacional para las Migraciones), están tramitando la indemnización legal a las víctimas homosexuales que sobrevivieron al Holocausto.

El resurgimiento del movimiento homosexual tuvo lugar en los Estados Unidos de la posguerra, dado el alto número de veteranos de guerra homosexuales que decidieron quedarse en las grandes ciudades en lugar de regresar a sus pueblos de

origen. Durante esta época surgen movimientos como la Sociedad Matachín, que abogó por la educación de la comunidad en general y de la homosexual en particular. Sin embargo la policía continuaba hostigando y persiguiendo a los homosexuales. Precisamente el 27 de junio de 1969, durante una de las redadas habituales en el bar *Stonewall Inn*, ubicado en el centro del *Greenwich Village* (barrio de Nueva York), los clientes decidieron detener de plano la opresión. Armaron una violenta protesta que llenó las calles cercanas, provocando disturbios hasta altas horas de la noche. Así nació un movimiento de liberación y orgullo homosexual del que vienen iconos como la bandera del arco iris o el término *gay* (feliz) en contraposición al de homosexual, que tenía un carácter clínico patológico gracias al psicoanálisis; igualmente surge de allí la celebración anual del Día del Orgullo Gay. La primera lucha de esta nueva ola del movimiento fue contra la comunidad psiquiátrica, logrando que en 1973 la Asociación de Psiquiatría Americana, y posteriormente en 1974 la Asociación de Psicología Americana, dejaran de considerar la homosexualidad como enfermedad mental, eliminándola de la tercera edición del Manual

Estadístico y de Diagnóstico de la APA. Para 1975 se crea el Comité Gay, Lésbico y Bisexual de la Asociación de Psiquiatría Americana. En el hemisferio occidental, el despertar de la liberación sexual de los sesentas sacó a la luz pública la subcultura homosexual existente en las grandes ciudades. Gracias a este movimiento en muchos países se han logrado modificar o eliminar las leyes condenatorias, y se han promulgado otras que buscan la igualdad de derechos para los homosexuales. Según Amnistía Internacional, en la actualidad 83 países condenan penalmente la homosexualidad, y los siete países que la castigan con la pena de muerte se escudan en la interpretación Shari'a de la jurisprudencia musulmana.

En nuestro país, donde el movimiento surgió débilmente en la década del 70, se ha logrado la despenalización de la práctica homosexual, y el reconocimiento social y político de la comunidad gay. En muchas ciudades esta comunidad gay juega un importante papel como subcultura urbana. En la promulgación de la nueva constitución política de la nación se consignó la igualdad de derechos sin importar el sexo, lo que legalmente se aplica no sólo al sexo biológico sino a la

orientación sexual del individuo. El movimiento continúa: actualmente está cursando el proyecto de Ley 085 de 2001 ante el Senado, por el cual se reconocen las uniones de parejas del mismo sexo, sus efectos patrimoniales y otros derechos.

A pesar de esto, aún son muchos los homosexuales y travestis víctimas de abusos físicos y mentales en sus hogares, el trabajo y la calle.

lograrlo es la educación de la población en general respecto al orgulloso movimiento homosexual.

Salir del clóset: ¿Por qué, cómo, cuándo y ante quién?

"El clóset sólo es bueno para guardar la ropa"

Es en la adolescencia cuando sentimos ese despertar hormonal que cambia nuestro cuerpo y que con mayor

por diversas razones, son conscientes de la propia homosexualidad más tarde en la vida.

Sin importar la edad en la que se dé esta concienciación, es en ese momento cuando nos sentimos alienados, diferentes y, sobre todo, asustados de que nos descubran (exceptuando a aquellos afortunados que tienen un modelo homosexual cercano, amado y respetado por la familia). Muchos empezamos una forma de vida que gira en torno a evitar ser descubiertos, y las artimañas para tal efecto son muchas, dependiendo del grado en que vivamos nuestra vida homosexual, de qué tanto estemos metidos en el "ambiente". Al principio nos permitimos disimuladas miradas a nuestros amigos; en las escenas de sexo de las películas no nos entretenemos precisamente con la actriz; inclusive podemos llegar a enamorarnos platónicamente de algún compañero de estudio. Posteriormente cambiamos el género de los pronombres en nuestras conversaciones telefónicas y mantenemos en secreto nuestros sitios de rumba favoritos. Pero no tenemos la misma oportunidad de explorar nuestra sexualidad como lo haría alguien heterosexual. Generalmente es a escondidas, sin nadie a quien pedir consejo, y lo que



Fotografía de Antonio Betancur

Y es que la gente le teme a todo aquello que desconoce: al fin y al cabo evolucionamos como seres gregarios con un fuerte sentido de grupo. Sin embargo, después de cientos de miles de años, ya es hora de dejar de lado temores irracionales; una forma de

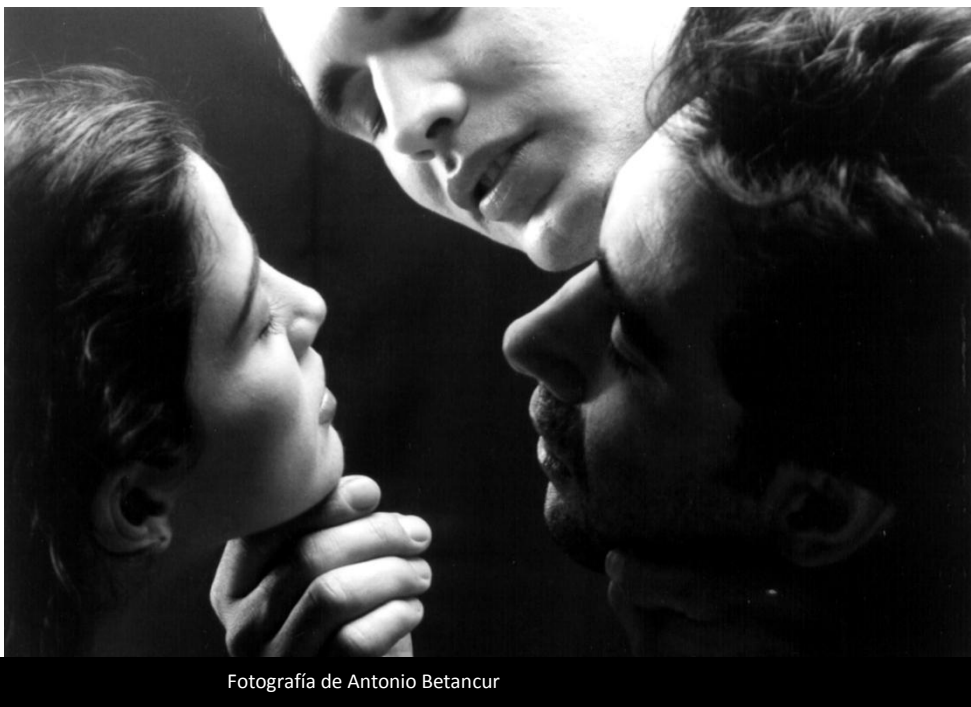
dramatismo provoca cambios en nuestra manera de apreciar el mundo, de relacionarnos con nuestros seres amados, de ver aquellas personas que hemos convertido en objeto de nuestro afecto. Y algunos, justo en esa etapa, sentimos interés por individuos de nuestro mismo sexo. Otros,

es más delicado, en muchas ocasiones con algún desconocido, en cualquier parte.

Para los legos en el asunto, la expresión "salir del closet" se refiere al momento en que el individuo homosexual hace pública su orientación sexual. Muchos se preguntan por qué hacerlo, sabiendo que la sociedad es tan cerrada a la homosexualidad, por qué no

individuo. En la sección de asuntos públicos del sitio web de la Asociación de Psicología Americana, APA (www.apa.org), encontré un párrafo que comparto plenamente: *...se ha encontrado que el proceso del desarrollo de la identidad en los homosexuales, comúnmente llamado 'coming out'², está fuertemente relacionado con la adaptación psicológica -entre*

es que muchos viven en el seno de familias muy conservadoras, o trabajan con empresas que defienden a capa y espada la imagen de la pareja heterosexual felizmente casada, con unos adorables niños y un lindo perro. Pero también es cierto que la sociedad maneja un estereotipo del individuo homosexual: si es un hombre, la típica "loca" afeminada y alborotada; si es una mujer, un "marimacho" muy brusco. Sabemos que estos personajes existen, y que, sin importar su forma de vida, deben ser respetados por encima de cualquier cosa, no tienen por qué ser objeto de burlas o de insultos innmerecidos: son personas con los mismos derechos y deberes. Pero la cuestión es que, socialmente, son homosexuales más "públicos", fácilmente identificables y señalados por el común de la gente; no es necesario tener un "maricómetro" altamente sensible para detectarlos. Y es esto lo que la gran mayoría tiene en mente cuando piensa en un homosexual, por lo cual les intimida y avergüenza terriblemente el que un ser cercano y amado pueda serlo. Nunca olvidaré la pregunta que hizo mi madre, después de llorar unos diez minutos, cuando le dije que era gay³: "¿Y cuándo vas a empezar a



Fotografía de Antonio Betancur

seguir viviendo una doble vida, sin que nadie sufra o se vea sometido a situaciones difíciles. En cierta forma esto es razonable. Pero todos debemos preguntarnos en qué medida el estar en una permanente negación de la orientación sexual —un aspecto muy importante en la vida de todo ser humano— frente a otros o a sí mismo es aconsejable para la salud mental, para la autoestima del

más positiva sea la identidad homosexual, mejor será la salud mental y mayor la autoestima.

Personalmente creo que todo individuo homosexual debería tomar pronto la decisión de salir del closet. No obstante la realidad

² Salir del closet, también denominado 'outing' (Nota del autor)

³ Sustantivo inglés, sinónimo de homosexual (Nota del autor)

maquillarte?"... Todavía me produce gracia.

El proceso de salir del closet no es importante sólo para el individuo, sino para el colectivo gay. Para el individuo, en la medida en que le permite construir una sólida confianza y autoestima, un total conocimiento del propio ser, fundamental para el buen desarrollo de todos los aspectos de su vida. El colectivo se beneficia del proceso individual porque cada día sensibiliza más a la sociedad con historias de vida de homosexuales "serios" (tranquilos con esta palabra que puede prestarse a malos entendidos), trabajadores, profesionales, buenos hijos y estupendos padres, que toman su vida en serio, que aman y sufren como todos, siendo más fácil la aceptación global de la homosexualidad como estilo de vida, dejando de ser una tragedia para los padres el que su maravilloso hijo o hija, con toda una vida por delante, se les acerque un día y les diga: "Papá, mamá, soy gay".

Sin embargo, al ser tan importante, ¿cómo vivir este proceso de salir del closet? La orientación sexual de cada individuo hace parte de su vida privada y no se espera de nadie que al presentarse ante otra persona o grupo diga: "Hola, me llamo Juan y soy gay", pero es lógico que en la diaria convivencia con otros se toque el tema sentimental ("¿y

vos tenés novia(o)?"), además de que en el seno de los hogares se espera que los hijos lleven sus respectivas parejas a las celebraciones familiares. Una vez evaluada la situación, sopesando todos los puntos a favor y en contra, y tomada la decisión de hacer la revelación, lo primero es informarse muy bien sobre el tema, porque mediante el conocimiento superamos ese sentimiento de vergüenza por ser homosexuales, desterrando la homofobia interna con la que crecimos. Siempre es enriquecedor leer la historia de personalidades homosexuales, presentes en todas las épocas y lugares; además conocer las diferentes y muy discutidas teorías sobre el origen de la homosexualidad nos brindan herramientas y argumentos para enfrentar las críticas y comentarios que suscitará nuestra revelación.

Cuando se tome la decisión de salir del closet hay que estar, repito, muy bien informado y completamente seguro, por más difícil que sea sentir orgullo de la propia homosexualidad al principio, y no tener recriminaciones o sentimientos de culpa que, en últimas, sólo afectarán de manera negativa la imagen que brindemos a los demás. Es importante además, en la medida de lo posible, evitar hacer de la revelación un acto de provocación, revancha o

acusación. Cada individuo sabrá discernir cuál es el mejor momento, pero no debe escudarse en falsas razones para aplazar continua e interminablemente el acto.

En general las primeras personas con quienes debemos hablar, y más tememos hacerlo, son nuestros padres. Pero es común hablar antes con un familiar o amigo de confianza, y siempre es aconsejable tomar este primer paso con alguien muy cercano y en quien creamos totalmente. Primero se debe sondear el tema, hablar de la homosexualidad en general, sin tener la presión de hacer la revelación de forma apresurada. También es útil ver juntos alguna película o programa de televisión que aborde el tema (Poco después de que le dije a mi madre que era *gay*, y cuando aún estaba muy susceptible y confundida al respecto, vimos juntos *"Any mother's son"*, que trata sobre el asesinato de un joven marine, a manos de sus compañeros, por ser homosexual. La película fue muy útil para ambos). Si notamos rechazo, incomodidad o malestar es aconsejable dejar la charla para otro momento. Cuando por primera vez se lo conté a una amiga después de un largo rato de dar rodeos tontos, se limitó a decir: "Alejo, ¿y eso era todo?".

También hay que estar preparados para una mala actitud, aunque nunca hay que caer en el error de pedir disculpas por ser homosexual o hablar de la homosexualidad como una enfermedad (a menos que así lo perciba uno y quiera ayuda). El que alguien tenga una mala imagen de la homosexualidad es su problema, no nuestro. Además, hay personas que requieren de un período de ajuste a esta nueva información (desde minutos hasta semanas), y siempre será algo raro al principio.

Desde mi experiencia personal no me he arrepentido por hacer pública mi orientación. Los temores de todos aquellos homosexuales que aún están en el clóset son suyos, hacen parte de su propio imaginario, pero no siempre se hacen realidad. Cada uno debe enfrentarlos, poco a poco, percatándose del maravilloso y único ser humano que es. Ser homosexual no es pecado, no es una elección consciente ni una enfermedad, es un estilo de vida diferente y natural, tan enriquecedor y hermoso como la heterosexualidad. Como corolario deseo dejar una frase que amo y que es grandiosa en su simpleza: "El closet es un lugar terrible para vivir".

*Estudiante de 2º semestre de la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia, auxiliar administrativo de la Dirección de Relaciones Internacionales y socio de la Corporación Comunidad Amigos Comunes.



En este escrito, publicado por primera vez en 1995, se argumenta que la vida de las personas que pertenecen a una minoría sexual es en sí un acto de heroísmo, pues son vanguardia de quienes creen que el modelo de cultura, que hasta el presente ha regido nuestras vidas, debe cambiar para incluir el derecho a la diferencia



Fotografía de Antonio Betancur

El homosexualismo:

una opción de vida

Por Florence Thomas*

Hablaré del homosexualismo desde la ignorancia en relación con un saber científico sobre el problema que nos reúne hoy, o sea, desde mi práctica de mujer feminista que me permite ubicarme muy cerca de los homosexuales y de las lesbianas¹. Hablaré también desde las utopías que afortunadamente siempre me habitan, y en particular la de fisurar el viejo orden que fue construido desde la única mirada de un hombre, blanco, burgués, judeocristiano y por supuesto heterosexual. Este hombre sujeto occidental que logró acallar durante

los siglos todas las voces en las cuales simplemente no se reconocía.

Hablaré entonces del homosexualismo desde las nuevas perspectivas que nos ofrece hoy día el postmodernismo, que, mucho más que un conjunto de teorías, abre las puertas a nuevas formas de sensibilidad, de encuentro, de estado de ánimo, menos articuladas a una Razón que se quería infalible y universal. En otras palabras, un nuevo punto de vista que permite la irrupción en el escenario social, de sujetos inesperados, como la mujer, el indígena, el negro, el sintierra, el habitante de la calle, el homosexual y la lesbiana, entre otros. En fin, de lo que llamamos hoy la *otredad*, dándonos la oportunidad de iniciar la apasionante aventura de la diferencia.

¹ Incluso en los países desarrollados, los movimientos gays y de lesbianas van de par con los movimientos feministas (Nota de la autora)

En este sentido, dejaré a los especialistas la difícil tarea de responder a la pregunta de si uno nace o se hace homosexual.

Para decir la verdad no tengo ni idea –y creo que nadie hoy puede responder con certeza, pues las hipótesis del origen genético o psicosocial vuelven a tomar fuerza regularmente la una después de la otra, cada dos o tres años, como si los homosexuales de todas las maneras tuvieran algo que hacerse perdonar. De hecho, tal pregunta poco me interesa. El homosexual y la lesbiana, más allá de nacer o de hacerse, *son*. Así se reconocen y se nombran cuando pueden. Allí están, al lado nuestro, amigos o amigas nuestras, colegas nuestros, sin que a veces lo logremos saber; a veces son los seres que más queremos. Sin embargo, poco hablamos de ellos, de ellas, en una sociedad particularmente dura frente a la realidad que representa la comunidad gay o lesbiana. Porque, de hecho, todos sabemos por las noticias, por la literatura actual, por el cine, por los escándalos, que *El poder gay se destapa*, como titulaba hace poco un artículo de *El Tiempo*. En el gobierno, en el ejército, en las multinacionales, en las calles, en los bares, en el teatro y en los medios están, pero están cansados de vivir en el

anonimato, y por consiguiente en la angustia. Están cansados de ser estigmatizados y reclaman hoy el derecho a la intimidad y a la diferencia, tal vez para acceder poco a poco al derecho que tenemos todos los seres humanos a la diferencia. *Let it be* decían los Beatles de mi generación

Ahora bien, como feminista me siento particularmente cerca de ellos y de ellas porque a menudo tengo la convicción de que caminamos en la misma dirección y que nuestros sueños, de una cierta manera, se confunden. En efecto, ellos y nosotras nos oponemos a una sociedad profundamente patriarcal que se empeñó durante siglos en mutilar las infinitas posibilidades del ser humano, encerrándolo en patrones rígidos de la masculinidad y la femineidad, construyendo así “hombres de verdad” y “mujeres como Dios manda”. Una sociedad llena de dispositivos ideológicos que nos enmarcan y nos alienan en unos roles de género, que sirven para mantener el orden, un orden trasnochado que no hace sino obedecer a lo que el pensamiento judeocristiano llamó la Ley Natural. Como si la masculinidad o la femineidad fueran naturales, como si el amor lo fuera...

Esta ley natural que nos remite a un orden natural, con su implacable lógica del

instinto, de la cópula del macho y de la hembra que no pueden sino reproducir ciegamente la especie; afuera de toda ética, afuera de toda historia, y por consiguiente sin posibilidad alguna de trasgresión, que es lo que permite la cultura y la ley, o sea los dispositivos ideológicos de una sociedad.

En efecto, desde que este extraño “mutante humano”, en un proceso que duró millones de años, se levantó sobre sus dos piernas y comenzó a habitar el mundo, ya no perceptual y sensorialmente, sino conceptualmente gracias a la liberación de la palabra, del símbolo, nunca más se volvería a someter simplemente a la lógica del instinto o de la pura necesidad. Desde que el macho y la hembra cedieron el paso al hombre y la mujer, seres hablantes, soñadores y constructores de futuro, seres de memoria y, por consiguiente, de amores difíciles, la ley natural del instinto y la cópula se volvió insuficiente para explicar la complejidad de lo humano, particularmente en materia de sexualidad, de deseo, de placer y de erotismo, que son conceptos que pertenecen definitivamente a la cultura. Poco a poco, y a medida que se alejaban los puros determinismos biológicos, la naturaleza de lo humano se



Fotografía de Antonio Betancur

volvió cultura y se creó un orden de interpretación ya no sólo biológico sino sobre todo simbólico. Un orden en el cual ya no existe un objeto sexual específico a la necesidad, ni respuesta exacta a la demanda de amor, porque —como dice Michel Foucault— se problematizó el sexo en sexualidad, que es mucho más que sexo; es el paso del acto puro, sencillo y aséptico a la demanda, a la relación que es palabra, interpretación, construcción de un otro de deseo, de un otro fantaseado dentro de un contexto histórico y ético.

Significa, por consiguiente, que al perder la respuesta exacta a la necesidad en este paso del sexo a la sexualidad, cualquier objeto sexual se puede volver objeto posible y que, en materia de opción sexual, la heterosexualidad

representa sólo la norma, la actitud más comúnmente adoptada por presión cultural, y en este sentido, la homosexualidad está ahí para recordarnos las infinitas posibilidades de lo humano. Definitivamente, y aun si desordena nuestros puntos cardinales, nuestro pequeño orden tan segurizante, pero a la vez tan mezquino y totalitario, y sea cual fuere la razón para ese sentimiento, el protagonista en una relación homosexual —como en una heterosexual— no es otro que el mismísimo amor.

En este sentido, los homosexuales masculinos merecen respeto (más adelante hablaré de las lesbianas) —y no hablo de tolerancia, hablo de respeto— porque tienen el valor de recordarnos que la masculinidad, exactamente como la femineidad, son

constructos sociales que alienan, sutil pero profundamente, nuestras opciones amorosas. El homosexual nos recuerda que todos y todas somos bisexuales, pero que la cultura presiona a los varones para seguir el camino de una masculinidad definida por una serie de marcadores culturales que sirven a un orden profundamente patriarcal. En el cuerpo del otro, el homosexual ama a una belleza que simplemente no responde a los estereotipos de una cultura. Algunos de ellos tienen incluso el valor de afirmar su femineidad, y todos se dejan desear de otro hombre contradiciendo y transgrediendo toda una socialización que trató, por todos los medios, de enseñarles a descontaminarse de lo femenino para hacer parte del colectivo de los hombres, estos hombres de verdad, duros, beligerantes y fetichizadores de las mujeres. Como nos lo recuerda Elizabeth Badinter, la primera regla de una educación machista es la que repite de mil maneras a los varoncitos que ser hombre es ante todo no ser mujer. Desde que oyeron esta fatal frasecita, “*hijo mío, sea hombre*”, entienden que deben mutilarse de esta profemineidad de su primera infancia y que para no “ser mujer” es necesario “tener mujer”. En este sentido, creo que a veces los

homosexuales pueden, o saben, amar a las mujeres mejor que los machos e incluso que los hombres comunes y corrientes que no reconocen en ellas sino a la mujer-madre, este eterno espejo para el amor a sí mismo masculino, pero que temen profundamente al universo femenino por recordarles justamente los goces y las gratificaciones de sus primeros años de vida cuando estaban inmersos en tal universo, estos goces que tuvieron que abandonar para transformarse en hombres.

En este sentido, los homosexuales nos dan una esperanza a las mujeres, frente a la posibilidad de una masculinidad distinta, sensible y tierna, capaz de ver en la mujer a una amiga, y no sólo, y eternamente, un refugio materno y un abismo, una madre o una puta, la una demasiado potente y la otra demasiado infernal.

Ahora, en cuanto a las lesbianas, ellas también son merecedoras de respeto, y de pronto yo personalmente las admiro porque ellas tienen el coraje de afirmarse sin reactivar su valor en la mirada o el deseo de un hombre, sin instalarse en el eterno registro de la demanda. Las admiro por su fuerza frente a la castración, por su desmitificación del pene erecto como única promesa para las mujeres.

Pero, sobre todo, las lesbianas afirman un erotismo de piel, mucho menos genital, mucho más sensual; un erotismo de tacto y no de táctica, de palabras y no de silencios, de senderos misteriosos y no de caminos conocidos de antemano; un erotismo que pasea, que circula para durar más, que se distrae y se encuentra con playas desconocidas, aldeas misteriosas, veredas perdidas que son nuestra playa oculta, o, por lo menos, una patria que ha sido exiliada por una sexualidad oficial tan masculina. Un erotismo sin afanes ni soluciones precisas. Un erotismo que busca olasmos y no orgasmos troncados por una eyaculación siempre anticipada..Ellas deconstruyen todos los parámetros de la sexualidad oficial, esta sexualidad que todos los parámetros de la sexualidad oficial, esta sexualidad que se construyó desde un cuerpo masculino, articulada a la erección, la acción, la penetración, la genitalidad y la muerte.

Creo que, aun si es difícil confesarlo en un mundo androcéntrico, muchas mujeres envidian la sexualidad de las lesbianas. Por otra parte, ellas afirman una femineidad afuera de sus connotaciones maternas, una femineidad de sujeto de deseo y no de eterno objeto del deseo del otro masculino.

Construyen un espacio para un tipo de relación que nos ha hecho muchísima falta en la cultura occidental, un espacio de solidaridad, de sororidad, un espacio para el “entre ellas”, el “nosotras”; nosotras que no hemos sido socializadas sino para la rivalidad entre nosotras mismas.

Ahora, es también cierto que las conozco menos que a los homosexuales masculinos; de hecho, son menos “visibles”, menos “reconocibles”, tal vez porque la sociedad les da paradójicamente más espacios, más posibilidad de encuentro y, sobre todo, de expresión de sus aspectos que a los homosexuales masculinos. En efecto, todas y todos sabemos que dos mujeres pueden caminar de la mano en la calle, dos hombres no; pueden bailar juntas, dos hombres no; pueden dormir juntas, dos hombres nunca. Mi hipótesis es que, para una sociedad tan profundamente machista y desde una lógica masculina, la idea del lesbianismo es demasiado insoportable e inimaginable. Que una mujer pueda amar eróticamente a otra mujer, que pueda gozar sin penetración, afuera de los parámetros masculinos de la sexualidad, no es ni siquiera pensable para una razón occidental tan narcisista. Así, el narcisismo

es tan subversivo que pasa desapercibido.

Por otra parte, y como nos lo recuerda Armando Rojas (*Pequeña serenata amorosa*, Gaceta, Colcultura), para ellos y para ellas, homosexuales y lesbianas, construir la espiritualidad o la eticidad de una pareja, constituye una empresa titánica porque pertenecen a una especie amorosa para la que no existe diseñado un orden cultural. Sólo la erótica heterosexual se enmarca en una cultura. Tiene paradigmas, ritos, códigos, representaciones, imágenes coherentes y modelos sancionados por la experiencia milenaria. Los homosexuales, por lo menos desde la institución del cristianismo, carecen de este orden, de esta representación cultural, y están explicados a tantear lo inexplicado, lo estigmatizado. Y así, en estas condiciones, agravadas por un rechazo casi generalizado en un país que maneja tan a sus anchas la doble moral, “... *su esfuerzo ético se vuelve doblemente exigente. Y entonces, quién puede recriminarlos cuando desfilan y se ubican en los caminos del terrorismo y de las perversiones del amor.*”

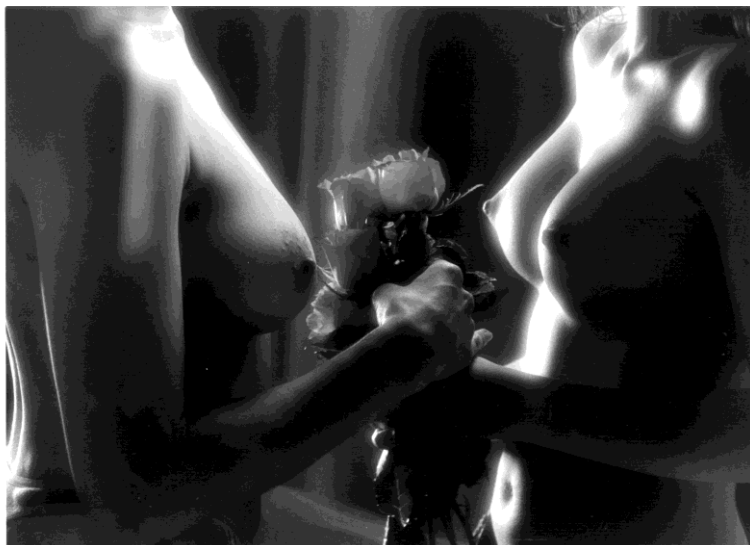
Finalmente, ellos y ellas ponen en crisis la estructura familiar porque, por supuesto, no la van a

reproducir, y como la primera instancia de poder es la familia patriarcal –y la única que conocemos en occidente– ponen en crisis todo el poder. Por esto, también son estigmatizados y perseguidos, o en el mejor de los casos discriminados, como todos los que ponen en tela de juicio el poder oficial.

Ahora, de pronto tengo la impresión de que idealicé al homosexualismo. Sé que tampoco los homosexuales y las lesbianas son héroes, porque, exactamente como para los heterosexuales, el homosexualismo es plural y “*comporta –como nos lo recuerda André Gide– todos los grados, todos los matices: desde el platonismo hasta la suciedad, desde la abnegación hasta el sadismo, desde la salud gozosa hasta la morbosidad.*” Por supuesto, todos y todas no son héroes. Pero, para mí, el ser capaz de

ser homosexual asumido y gozoso en nuestra sociedad es un acto de heroísmo, porque, desafortunadamente –y en las condiciones de angustia, de soledad, de culpa en que los hacemos vivir nosotros los sanos heterosexuales, que, entre otras cosas los obliga a refugiarse en ghettos de toda clase, y si necesitan bares gay, sitios gay...– están lejos de lograr el derecho a la indiferencia. Debe ser muy difícil encontrar el camino a un cierto equilibrio y a una relativa salud mental. Un camino que les permita vivir plenamente esta aventura de la diferencia, de la imaginación, de la trasgresión, y no transformarla en pequeños y mezquinos dramas a veces tan parecidos a los amores a menudo enfermizos de la heterosexualidad.

¿Por qué entonces no los dejamos vivir en paz, sin necesidad de ghettos y sin necesidad de justificación?



¿Por qué nos somos capaces de respetarlos (y no digo tolerarlos) cuando ellos y ellas están ahí para recordarnos las infinitas posibilidades de lo humano, que más que nunca, en este final de siglo, debe ser sinónimo de plural, de diversidad y de respeto al otro? Ellos y ellas están ahí para que nos encontremos a través de las múltiples perspectivas de lo mismo que es lo humano. Estoy convencida que hoy es cuando, desde la riqueza de la diferencia, lograremos una fecundidad cultural sin precedentes.

Homosexuales y lesbianas, ¡bienvenidos a este final de siglo!

* Sicóloga de la Universidad de París. Profesora titular de la Universidad Nacional de Colombia. Autora, entre otros libros, de *Los estragos del amor* (1994) y *Conversación con un hombre ausente* (1997).

Tomado de: Revista Berbiquí, Medellín, Nº 3, Junio 1995.



Messiaen: Ángeles, paisajes, montañas y pájaros



Por
Carlos González Restrepo
Programador, Departamento Emisora Cultural

"Messiaen fue un personaje extraordinario y solitario. Su música se parece sólo a él, empieza y termina con él mismo"

José Luis Torres. Director de orquesta.

En la historia del arte encontramos a muchos creadores que se han inspirado en los horrores y en la crueldad de la guerra para hacer obras que se convierten, con el paso de los años, en símbolos y mensajes para las futuras generaciones. *El Guernica* de Pablo Picasso, inspirado en el bombardeo sobre el pequeño pueblo de Guernica y Luno en España, es una de las obras que plasman con detalle la destrucción del hombre por el hombre. En la música, el *Cuarteto para el Fin de los Tiempos*, de Olivier Messiaen, es el resultado de la experiencia personal del artista cuando estuvo recluido en un campo de concentración Nazi, en la Segunda Guerra Mundial. Este cuarteto para violín, clarinete, violonchelo y piano, fue estrenado, ante otros cinco mil prisioneros, en enero de 1941. El mismo compositor afirmó, años después, que jamás había sido escuchado con tanta atención y comprensión. Este Cuarteto, según los especialistas, representa una de las páginas más densas y cargadas de belleza de la literatura camerística contemporánea. Antoine Goléa afirma que "el lenguaje musical de la obra es esencialmente inmaterial, espiritual, católico; los modos, planteando melódica y armónicamente una suerte de unicidad tonal, acercan al oyente a los conceptos de la eternidad en el espacio infinito".

Olivier Messiaen vivió parte de su infancia en Grenoble, Francia, cerca de los Alpes, y de allí surge su afición por la naturaleza y por las montañas. Su madre, Cécile Sauvage, era poetisa, y su padre profesor de inglés y traductor de obras de Shakespeare, autor que Messiaen descubrió cuando aún era un niño. "Recuerdo que comencé a leer a Shakespeare con pasión. Me decorados, construyendo pequeños personajes, los coloreé con papel de celofán que adherí a las ventanas, haciendo que la luz pasara a través de ellos, y escenifiqué, como en un pequeño santuario, todo el teatro de Shakespeare, interpreté todos los papeles: Macbeth, El Rey Lear, Otelo ... ¡los interpreté absolutamente a todos! En Shakespeare hay brujas, hay hadas, hay fantasmas, en fin una pléyade de personajes fantásticos. Pienso ahora que todo esto influyó sobre mi vocación e incluso sobre mi fe religiosa, porque yo tenía una necesidad inconsciente y apremiante del arte y de lo maravilloso"

Vivió durante un año en Nantes, y conoció a Jehan de Gibon, un humilde profesor de música que le enseñó armonía y definió el futuro del joven Oliver. Y así, con su vocación definida, ingresó, a los 11 años, al

Conservatorio de París donde estudió, hasta 1930, con destacados maestros como: Marcel Dupré, Paul Dukas y Maurice Ermanuelle. Conoció las tendencias musicales que se desarrollaban en la época, como los ballets de Stravinsky, de quien dijo que era, en muchos aspectos, el más grande genio del siglo XX. Además afirmó "Gracias a Stravinsky hubo una renovación del ritmo y, ciertamente, si no hubiese escrito *La Consagración de la Primavera*, yo no estuviera aquí, ni hubiese podido realizar las investigaciones técnicas que he llevado a cabo".

Es así como, en 1929, publicó su primera composición, *Ocho preludios para piano*, en la que usó un sistema modal propio. Durante los años 30 añadió un gusto por la irregularidad rítmica y por el rápido cambio de intensos colores, tanto en las obras para órgano como en las orquestales. La mayoría de sus composiciones eran explícitamente religiosas, y divididas entre estilos característicos de meditación extremadamente lenta, danzas y el despliegue objetivo de sistemas aritméticos.

Muchos de estos experimentos sonoros, por así llamados, los pudo lograr al obtener el puesto de organista titular en la iglesia de la Trinidad en París. Las obras para órgano ocupan un lugar muy importante en su producción, y son consideradas como uno de los aportes esenciales para este instrumento en la música del siglo XX. Cada período compositivo, a lo largo de su vida, incluye una o más obras para órgano.

Una de sus fuentes de inspiración melódica fue el canto de los pájaros, recorrió el mundo, observó y transcribió el canto de cientos de pájaros, y los introdujo en su obra, en contextos tan diferentes como los siete

volúmenes de *Catalogue d'Oiseaux* (1956-1958) para piano, o el *Jardin du sommeil d'amour* de la sinfonía *Turangalfla*, y los Coros del amanecer para 18 instrumentos de cuerda de la sección *Epode* de la obra *Chronocromie* de 1960. Desde el punto de vista rítmico se inspiró en la música griega e india.

De regreso a París, luego de la Segunda Guerra Mundial, comenzó su fecunda labor como docente. Desde el punto de vista histórico, Messiaen también jugó un importante papel como profesor de música en la posguerra europea. Muchos de sus alumnos instituyeron la vanguardia europea contemporánea, como Pierre Boulez, Karlheinz Stockhausen e Iannis Xenakis.



Su segunda mujer, la pianista Iyonne Lioriod, quien se ha encargado de difundir la obra de su esposo, fallecido el 27 de abril de 1992, recopiló y editó el *Tratado del Ritmo*, del *Color* y de la *Omitología*, un testamento de ocho tomos en el que el compositor trabajó 40 años. Al escuchar la música de Messiaen no debemos olvidar que su afán por experimentar se halla subordinado a una humilde búsqueda de Dios. Ése fue emotivo de su asombro y preocupación por la música de los pájaros, en la que, vez, creyó escuchar la melodiosa voz Creador.

Messiaen fue un ser humano integral que amó la música y la naturaleza, conoció el sufrimiento con la muerte de su madre y la de su primera esposa, la humillación en el campo de concentración, y incompreensión de su obra por parte sectores de la crítica; pero su labor como compositor y docente al aportar a sus alumnos nuevas herramientas creativas, lo sitúa como una de las celebridades del siglo anterior.